



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 122 – 19 de abril de 2016

En este número

1. **Amor a España**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Hoy he visto el odio**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Revisión de José Antonio: El hombre como persona**, *Eduardo Adsuará*
4. **Un gran catedrático falangista**, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. **La alegría del 14 de abril**, *Carlos León Roch*
6. **Libros**
 - **La consagración de la primavera**, *Josele Sánchez*
 - **Bernardo Aza**, *José M^a García de Tuñón Aza*
7. **La chusma**

Amor a España

Emilio Álvarez Frías

Han pasado años desde que, el 19 de mayo de 1935, José Antonio Primo de Rivera pronunció, en el memorable discurso del Cine Madrid, una frase muy manipulada y sobada en su versión corta de «Amamos a España porque no nos gusta». La frase de José Antonio fue más completa: «Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. No amamos esta ruina, a esta decadencia de nuestra España ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España». Desde entonces ha sido pronunciada muchas veces, demasiadas veces. Aunque, a su sombra, muchísimos españoles han trabajado sin reposo y generosamente, amando la España de José Antonio. Mientras transcurría el tiempo incluso llegamos a pensar –¡ilusos!– que había calado en los españoles y ya no era preciso repetirlo porque estaba en el interior de todos. Ese transcurrir del tiempo, y algunos descerebrados que se empeñan en revivir los demonios del pasado, han demostrado que estábamos en un error, que hoy es fácil dar saltos de canguro en cuanto al comportamiento de los individuos. Y España ha reventado, y se han esparcido sus porquerías por todo el territorio, sobre lo que han de ir dando saltos los bienintencionados, los honestos, la buena gente, los honrados, los íntegros, los justos, los que conservan el honor, los que han mamado la bonhomía y la conservan. Y sobre los valores que han de distinguir al hombre íntegro han prevalecido los antivaleores. Así nos encontramos por doquier con el afán de lucro y la avaricia que lleva a los individuos a cometer actos deshonestos en relación con los demás o las instituciones; el ansia de poder que ciega a determinadas personas y son capaces de hacer lo indecible por alcanzarlo; la soberbia con la que llegan a tratar a los demás; las injusticias que comete a través de sus propios actos o abusando de la justicia para conseguir sus objetivos; la envidia y el odio que desarrollan respecto a los otros; la amoralidad de sus actos públicos o privados, rompiendo todo principio de comportamiento; la intolerancia respecto a las opiniones o ideas de los demás, sean religiosas, políticas, de convivencia; le egoísmo que le hace quitar en su beneficio lo que corresponde a los demás; la traición a todo principio, a la amistad, a las promesas, a los compromisos, a la Patria; la hipocresía que demuestran en la defensa de la vida con

manipuladas demostraciones en contrario cuando son capaces de legislar la muerte; ...

Mirando hacia ese lodazar, no obstante, hemos de reconocer el esfuerzo de quienes empeñan todos los días su saber para salvar otras vidas; ensalzamos el esfuerzo de quienes se entregan por los demás; reconocemos que son muchos los que tienen un comportamiento justo y generoso con sus semejantes; y pedimos al Creador por toda la humanidad, especialmente por los que responden al amor de Dios.



Y pensamos hemos de clamar, insistentemente, por encima de egoísmos e intereses, de miserables y encanallados, que amamos a España porque es algo superior a lo que tienen en mente la mayoría de los que chapotean sobre el lodo e intentan llevarla por los surcos de ideas trasnochadas, ambiciones personales o de partido, avaricia desmedida, ignorancia en sus actuaciones, estupidez en sus comportamientos, iniquidad en cuanto a planteamientos de una sociedad a la que desprecian y odian.

Mientras nos vemos obligados a contemplar el umbrío panorama sin posibilidades de hacer nada por remediarlo, viendo como trastean con los intereses de todos los españoles, tomamos un sencillo botijo castellano, de Quintanilla del Agua, provincia de Burgos, con el que invitamos a calmar la sed a todo viajero que pase ante nosotros esperanzados de que pueda ser el Cid esperado, ya por estas tierras anduvo el legendario Cid con sus mesnadas, las que probablemente tomarían agua fresca de un sencillo botijo como este.

Hoy he visto el odio

Manuel Parra Celaya

14 de abril de 2016. Plaza de San Jaime de Barcelona, por la tarde. Junto al edificio del Ayuntamiento, un escenario con sistema de altavoces, presidido por un telón de fondo con los colores de la que fue bandera de España durante la Segunda República (en la Primera se mantuvo la enseña roja y gualda). Por una calle adyacente se incorporan unas ciento cincuenta personas que ocupan la calzada e integran la manifestación que va a asistir al acto conmemorativo de la fecha.

Más banderas tricolores, algunas con la estrella de cinco puntas en su centro. Los manifestantes llegan coreando unos slogans unánimes, en catalán: *Mateu, mateu, mateu els fascistes!* (¡Matad, matad, matad a los fascistas!), o, en un momento de más moderación, *Fora els fascistes de tots el barris!* (¡Fuera los fascistas de todos los barrios!).



Cantan –mal entonado– el *Himno de Riego*: *Si los curas y frailes supieran / la paliza que van a llevar / subirían al coro cantando / libertad, libertad, libertad.*

Observo entre los manifestantes a tres o cuatro chavalines, a simple vista de 3º o 4º de ESO, cada uno con su correspondiente asta y bandera tricolor. En los altavoces del tablado suena el Ay, *Carmela*.

Hablan por el micrófono algunos oradores (y oradoras) que, con voces desmesuradas, pretenden enardecer más a los asistentes. Cuando uno de ellos califica a la División Azul de

asesinos a sueldo de Hitler, me marchó, para que no aumentan las bascas que hace rato noto en la boca del estómago...

Aquello no era conmemoración histórica alguna. Nada de evocación de la «alegría del 14 de abril... la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular. Patria y justicia para el pueblo sufrido. Nación y trabajo» (José Antonio Primo de Rivera). Ni siquiera la expresión de confianza en que, en cualquier fecha del calendario, España encontrara la llave de un verdadero progreso en justicia, libertad, unidad y afirmación como patria de todos los españoles. Aquello era, simple y llanamente, odio.

Un odio creado artificialmente en tiempos recientes, un odio que seguro no llegaron a sentir los antiguos republicanos del 14 de abril del 31 ni los combatientes de ambos bandos en la guerra civil ni siquiera los *represaliados* por el franquismo. Odio viscoso, inducido por quienes solo saben odiar. Odio de quienes se oponen frontalmente a cualquier forma de conciliación y de convivencia entre los españoles, por encima de ideologías, partidos o proyectos políticos. Odio de quienes no vivieron, por supuesto, ni el 31, ni el 34, ni el 36, ni el 39..., de quienes nacieron al odio hace relativamente pocos años.

Odio con el indispensable sustrato de la ignorancia provocada. ¿Qué sabrían de la *Agrupación de Intelectuales al servicio de la República* ni del posterior *No es esto, no es esto* orteguiano? ¿Qué sabrían de Manuel Azaña y de sus desencantadas *Memorias*? ¿Sabrían algo de los enfrentamientos entre Prieto y Largo? ¿Les sonaba la figura de Julián Besteiro? ¿Sabrían calcular cuántos meses estuvo en vigor la Constitución del 31, entre *leyes de defensa*, estados de guerra y censuras de prensa? ¿Podrían llegar a pensar que la puntilla a la Segunda República no se la puso Franco ni la guerra sino el Frente Popular? ¿Habrían leído una sola línea de, por ejemplo, Julián Marías?

De nuevo, el sectarismo, el odio y la ignorancia pueden cernirse sobre el presente y hacer imposible el futuro de una España tan lejana de aquella. No, allí no se conmemoraba una efemérides de la historia, sino, recogiendo la prédica eficaz de la *desmemoria histórica*, se mostraba a los sorprendidos transeúntes una virulenta expresión de odio, que, concebida como utópica *operación retorno* a 1931, olvida que, después, vino el 1936.

Progresismo y reformismo:

Revisión de José Antonio: El hombre como persona

Eduardo Adsuará

Octubre de 1933, José Antonio Primo de Rivera –con escasos 30 años– escribe el Prólogo a *El Fascio*, de Mussolini. Sus primeras palabras son éstas: «El hombre es el sistema, y ésta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo». A lo largo de su vida política repite este mismo concepto numerosas veces. Así, en el Discurso Fundacional: «Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y salvarse». O en el Punto VII de los Iniciales: «Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capaz de un destino eterno, como portado de valores eternos». Otras muchas citas podrían añadirse para probar este constante principio humanista del pensamiento joseantoniano. No es éste el caso.

Dejando al margen la inexactitud filosófica de expresiones tales como conjunto de un cuerpo y un alma o envoltura corporal de un alma (que eran, sin embargo, de uso

habitual en su tiempo), la que sí es radicalmente cierta y profunda es la expresión portador de valores eternos. El hombre, en efecto (que ni es conjunto, ni es envoltura, sino unidad radical), es portador de valores eternos; o, para decirlo zubirianamente, «El hombre es una proyección formal de la propia realidad divina; es una manera finita de ser Dios».

Esta manera finita de ser Dios es lo que consiste en ser persona. Afinando, pues, la idea, habría que sustituir la vaga expresión el hombre es el sistema por la precisa la persona es el sistema. El propio José Antonio –en el ensayo sobre el nacionalismo– escribe «el individuo no es sino el substratum físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones regulares. La verdadera unidad jurídica es la persona».



Es cierto: la persona es la verdadera unidad jurídica; pero no sólo jurídica: también filosófica y económica y política. La persona es la verdadera

unidad humana. Y es curioso que José Antonio –que tan bien distingue individuo y persona–, insista, una y otra vez, en la utilización del término individuo. Así, en la Conferencia pronunciada en el Teatro Calderón de Valladolid, el 3 de marzo de 1935, declara: «Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un nuevo orden. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo». Pero ¿no había dicho que «el individuo es el substratum físico y biológico? ¿Cómo se puede montar un orden nuevo arrancando de un substrato físico y biológico? Evidentemente aquí –como en tantas otras ocasiones– cuando José Antonio dice individuo quiere decir persona.

Montar un orden político sobre el individuo es lo que hizo Juan Jacobo Rousseau, a quien justamente llamó José Antonio «un hombre nefasto». Rousseau, en efecto, fue el padre del individualismo político; como Marx, a su vez, fue el padre del socialismo político. Y escribo lo de «político», porque el individualismo y el socialismo son humanismos parciales que arrancan de una concepción deshumanizada del hombre. ¿Cómo puede José Antonio pretender montar un nuevo orden, un nuevo Estado, sobre los pilares viejos y sesgados de un mero substratum físico y biológico? Aunque él nunca lo dijo, hay que decir –clara y rotundamente– que el humanismo que fundamenta su pensamiento político es el humanismo personalista.

Este humanismo personalista (esta concepción del hombre como persona) es el eje de toda su filosofía política. Este es, a mi juicio, el gran hallazgo, la gran novedad política de José Antonio. Esto es lo perenne de su pensamiento; aunque él mismo lo ignorara. Todo lo demás, o es consecuencia directa de ella, o es mera anécdota circunstancial y caduca. El nombre de José Antonio se inscribe, pues, en la Historia de las Ideas Políticas, como el padre de la revolución personalista, frente a las otras dos grandes revoluciones: la individualista de Rousseau y la socialista de Marx.

Una «Revisión de José Antonio» supone, en mi opinión, mucho más que una «actualización»; supone desentrañar su pensamiento para –con ánimo de adivinación– decir lo que él debía haber dicho, aunque no lo dijo nunca. E, incluso, contradecir

muchas de las cosas que realmente dijo. Esto es ser verdaderamente «joseantoniano»; lo otro no pasa de ser sino mero «joseantonista».

Si aceptamos, pues, al hombre como persona, lo primero que hay que decir es que el hombre tiene dos dimensiones: una individual y otra social. Y que ambas dimensiones deben jugar su propio papel en el nuevo orden del Estado nuevo. Viene esto a cuento de los partidos políticos. Sabido es que José Antonio repudió firmísimamente a los partidos políticos. «Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido», dice el punto 6 de la Norma Programática de la Falange. Dice también (en el Teatro Calderón): «Los partidos están llenos de inmundicias». ¿Quiere esto decir que –en el fondo– José Antonio rechaza los partidos? En mi opinión, no. Lo que José Antonio repudia es el «sistema de partidos» o, para ser más exacto, el que se daba en los «Parlamentos del tipo conocido». ¿Y si hubiera otro tipo de Parlamento que no fuera del tipo conocido; es decir, individualista y partidocrático?

Un análisis serio de los partidos políticos nos haría ver que los partidos políticos se corresponden con el específico «modo de ser»: es decir, con la dimensión individual del hombre, con el substrato físico y biológico de la condición humana. Ahora bien: este substrato está lleno de inmundicias. ¡Claro que sí! ¿Y por qué no hemos de aceptar la dosis de inmundicia que nuestra naturaleza produce? Los partidos políticos son las



cloacas de nuestra convivencia política: son imprescindibles para que el Estado huelga bien y la vida en común sea soportable. Lo que no debe hacerse es crear un Estado de sólo cloacas. O llevar las cloacas al Parlamento. Que es

lo que ocurre en las Democracias parlamentarias. Pero éste es otro problema.

Cuando José Antonio –ante la estatua yacente del Doncel de Sigüenza– dijo: «he aquí la falange del siglo xv», estaba declarando el «modo de ser» de un partido político. Aunque José Antonio afirmó que la Falange no era un partido (es más: que era un anti-partido), la verdad es que su constitución interna respondió siempre al modelo pático, emocional e instintivo de todo partido político. La figura del líder es siempre oscura, irracional y poética. Nadie lee los Programas de los partidos; entre otras razones, porque ya se sabe que los Programas son para no cumplirse. Buscar razones en la adhesión a un partido (o en el rechazo) es cosa inútil y contraproducente

No: los partidos políticos no son nefastos. Lo que es nefasto es el uso individualista de los partidos políticos: es decir, la partidocracia. Tal ocurría en el Parlamento de la República y tal ocurre hoy en nuestro Parlamento. Contra este sistema partidocrático (y no contra los partidos) es contra el que dirigió José Antonio sus durísimas palabras. Lo pasa es que él no supo ver la doble vía de la condición humana: la vía individual y la vía social. La vía individual (oscura, pática, sim-pática y mágico-poética) es la de los políticos; la vía social (clara, lógica, dia-lógica y científico-matemática) es la las

corporaciones políticas. La primera da intuiciones de las cosas; la segunda, en cambio, da razones de las cosas. Falange Española dio magníficas intuiciones; desgraciadamente, dio muy pocas razones.

Frente al esquema inorgánicamente individualista del Estado liberal, Falange Española propone (nº IV de los Puntos Iniciales) un Estado misionero, sin concreción alguna. Frente a los partidos, las células orgánicas de la Familia, el Municipio y el Sindicato. Porque «El partido político es una cosa artificial». ¿Puede haber algo más natural que el substrato físico y biológico que está lleno de inmundicias? Esto no lo vio nunca José Antonio; pero nosotros -los joseantonianos- tenemos la obligación de verlo y entenderlo.

José Antonio escribió en el Prólogo del libro *¡Arriba España!*, de Pérez de Cabo (Agosto de 1935): «Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar el mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el



camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie». Lo que no dijo José Antonio es que hay dos tipos de pensamiento: el mágico poético y el científico-matemático. En mi opinión, Falange Española se lanzó a la acción política bajo la constante vigilancia del pensamiento poético. Cumplió una gran tarea, sin duda. Pero las nuevas juventudes conscientes habrán de lanzarse a la acción política bajo otra constante vigilancia: la del pensamiento científico. A los viejos joseantonianos (que fuimos, en su día,

falangistas) nos toca abrir ese nuevo camino; aunque ello nos atraiga las iras de los eternos joseantonistas.

Si me he extendido en el caso de los partidos políticos es porque, precisamente, este es el punto clave de un Estado moderno: sin partidos políticos es imposible la Democracia; pero con sólo partidos políticos, tampoco es posible la Democracia. Frente a la actual crisis política del sistema democrático, sólo hay una salida: la construcción de un Estado basado en la total condición humana: esto es, en la persona. La figura y la obra de José Antonio son tan atractivas, tan estimulantes, tan profundas y auténticas, que bien merece, a mi juicio, una constante «revisión científica», para que no mueran sepultadas bajo la floresta de los elogios. Terminaré con una frase suya: «No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor» (*Haz*, nº 1, 26 de marzo de 1935).

Tomado de *Altar Mayor*, revista de la Hermandad del Valle de los Caídos

Un gran catedrático falangista

José M^a García de Tuñón Aza

A estas alturas de la historia no es fácil encontrar un titular en los medios españoles como el que encabeza este artículo. Más bien todo lo contrario. Escribir el nombre de Falange o José Antonio y a continuación el periodista, el escritor, el historiador, o lo que sea, y aparecer seguidamente la palabra *fascista* es lo más natural con lo que uno se encuentra. Es la palabra

maldita la que lo mismo sirve para un roto que para un descosido. Ya Miguel de Unamuno contaba en el periódico *Ahora*, de Madrid, el siguiente caso: «Pasaba por la plaza una muchachita acompañada de su familiar cuando un zángano mocetón se divierte en hacerle una mamola. El familiar se vuelve a reprenderle, el mocetón se insolenta y el otro arrecia en la represión. Y entonces, ante el grupo de curiosos que se arremolina, ¿qué se le ocurre al zángano? Pues ponerse a gritar: “¡Fascista!, ¡fascista!”. Y esto basta para que el represor tenga que escabullirse, no fuera que le aporrearán los bárbaros».

Casi cien años después, aquí en España sigue pasando lo mismo. Ejemplos tenemos muchos, porque es la palabra que suelen usar con frecuencia para descalificar al adversario sea del color que sea, pero hay un ejemplo que no me resisto a comentar. Hace años contaban y siguen contando que lo que hacía ETA era «fascismo», pero casi nadie se atrevía, por miedo al qué dirán, a decir que ETA es «comunismo», puro y duro. Lo escribía Alfonso Ussía –que hace poco salió en defensa del *Cara al Sol* y que en un número anterior ha recogido la *Gaceta*–, después de habérselo escuchado a Fernando Arrabal: «No olvides que ETA, antes que nada, es comunista». «¿Por qué nadie se atreve a decirlo?», preguntaba el periodista. «El motivo ya lo he dejado apuntado, es el miedo que les invade y como saben que en España no existe ningún partido fascista –obra de un socialista–, la derecha la utiliza porque sabe que nadie les va a reclamar nada por decirlo».

En corto y por derecho
Arturo Román

Un gran catedrático falangista

El elogio agradecido del profesor Antonio Elorza hacia el asturiano Juan Velarde

El catedrático de Ciencias Políticas de la Complutense, **Antonio Elorza**, sigue escrupulosamente ese dicho tan hispano que dice: “De bien nacidos es ser agradecidos”. Escribía no hace mucho Elorza sobre el intento de algún medio de comunicación de “embarrar” la figura del líder de Podemos **Pablo Iglesias** a través de comentarios negros más o menos velados sobre la actuación de su abuelo **Manuel Iglesias** durante la Guerra Civil.

El abuelo era funcionario del Ministerio de Trabajo cuando Elorza le conoció, “bajito y amable”, manufacturando tijera en mano dosieres de prensa. Era el año 1969, con el franquismo ya dando sus primeros últimos coletazos y cierto aroma de cambio en el ambiente, y no sólo por la movida universitaria y los biquinis suecos en las playas de Levante.

Iglesias era socialista, pero trabajaba en las “cocinas” ministeriales del régimen. Antonio Elorza, que militó largo tiempo en el PC, del que salió expulsado como tantos otros, reivindica las conductas individuales en aquella España durante tantas décadas dual, y menciona como ejemplo a un asturiano de pro: “Mi carrera académica, como la de otros, no hubiera superado los obstáculos de la represión interna sin la intervención del catedrático falangista **Juan Velarde**”. Velarde es hombre de bien y supo siempre valorar el talento. Un tipo inteligente.

Pero volvamos al origen del título del artículo: Hace escasos días el periódico *La Nueva España*, cuya cabecera un día lejano perteneció a Falange Española, publicaba bajo la firma de Arturo Román y con ese título, el siguiente comentario que, por su interés, reproducimos en su totalidad:

El catedrático de Ciencias Políticas de la Complutense, Antonio Elorza, sigue escrupulosamente ese dicho tan hispano: «De bien nacidos es ser agradecidos». Escribió no hace mucho Elorza sobre el intento de algún medio de comunicación de «embarrar» la figura del líder de Podemos Pablo Iglesias a través de comentarios negros más o menos velados sobre la actuación de su abuelo Manuel Iglesias durante la Guerra Civil.

El abuelo era funcionario del Ministerio de Trabajo cuando Elorza le conoció «bajito y amable», manufacturando tijera en mano dosieres de prensa. Era el año 1969, con el franquismo ya dando sus primeros últimos coletazos y cierto aroma de cambio en el ambiente, y no sólo por la movida universitaria y los biquinis suecos en las playas de Levante.

Iglesias era socialista, pero trabajaba en las «cocinas» ministeriales del régimen. Antonio Elorza, que militó largo tiempo en el PC, del que salió expulsado como tanto otros, reivindica las conductas individuales en aquella España durante tantas décadas dual, y menciona como ejemplo a un asturiano de pro: «Mi carrera académica, como la de otros, no hubiera superado los obstáculos de la represión interna sin la intervención del catedrático falangista Juan Velarde». Velarde es hombre de bien y supo siempre valorar el talento. Un tipo inteligente.

Efectivamente, de Velarde se podían contar más cosas de este estilo. Recordar, por ejemplo, que fue una de las personas que más hizo para que el ex ministro anarquista en el Gobierno de Largo Caballero, Juan López, regresara a España después de un largo exilio. Encontrarle un trabajo estable para poder vivir dignamente, y hacer todo lo posible para que en su Patria pasara tranquilo los últimos años de su vida. Por último, lo que en el *ABC*, mayo de 1997, recordando a

una serie de economistas, escribió Víctor Márquez Reviriego: «Todos ellos hicieron gran carrera universitaria con Juan Velarde, que a tantos rojos ayudó desde el paraguas de su sombra azul (yo creo que alguna vez tendríamos que hacerle un monumento)».

La alegría del 14 de abril

Carlos León Roch

Aquel día, tras unas simples elecciones municipales que ni siquiera había perdido, la Monarquía cayó sin que la defendiera «ni un simple piquete de alabarderos» como sentenció José Antonio. A pesar de la evidente ilegalidad, a pesar de que la mayoría del pueblo había votado las candidaturas de derechas, el peso de las grandes ciudades, proletarizadas, fue decisivo para el cambio de régimen. Por eso fue un día festivo para todos, para casi todos, para casi todos los que «contaban»: en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao... Fue un día en el que la esperanza de una vida digna para todos, en las que las terribles desigualdades ancestrales desaparecieran; en el que los ricos fueran menos ricos y los pobres... dejaran de serlo; en el que desapareciera el invalidante analfabetismo rampante y patéticamente hereditario; en el que la igualdad de oportunidades fuera una realidad; en el que las mujeres pudieran aspirar a la igualdad; en el que, a la salida de las fábricas, no se pudiera diferenciar por su aspecto a los ingenieros de los obreros.



Ortega y Gasset, el Dr. Marañón, Pérez de Ayala y tantos otros intelectuales celebraron ese día, tan prometedor, en el que el monarca, sin forzar un enfrentamiento civil, abandonó por Cartagena su corona, su responsabilidad y su dinastía.

Pero aquella alegría solo duró unos días...

La quema de iglesias, la persecución de los católicos, la anarquía y el desorden social, comenzó muy pronto. Tan pronto que aquellos intelectuales se quejarían, desilusionados, con el «¡no es eso, no es eso!». Y cuando la república inicial, despectivamente denominada «burguesa» dio paso a la del Frente Popular, y la esfinge de Stalin, presidía la puerta de Alcalá, muchos de aquellos intelectuales liberales tuvieron que exilarse, antes de ser arrollados.

Naturalmente, la historia es muy compleja, pero no es de recibo declarar a los comunistas, ni a los anarquistas (que dominaron entre mutuas «purgas», la última fase republicana) «defensores de la democracia y de la libertad».

Y ahora, cuando todos nuestros viejos habían olvidado y perdonado mutuos agravios sufridos; cuando los adultos –que conocíamos sin haberlos vivido– teníamos borrados represiones de uno u otro color; cuando nuestros jóvenes no tienen ni idea de quien fue Azaña ni si José Antonio Primo de Rivera era pariente de Paquirri, vienen con la pequeña y revanchista ley de la «desmemoria» histórica, intentando quitarle la placa de José Antonio en la Catedral (que es un territorio de la Iglesia, no público), injustamente fusilado, sin haber participado en el Alzamiento, ya que estaba encarcelado varios

meses antes, al igual que Calvo Sotelo; o el nombre de Bastarreche a quien consiguió quitar la sed ancestral al Campo de Cartagena... y extenderla a Murcia y a 69 municipios más.

Y todo esto lo defienden con la bandera más anticonstitucional que existe, y que se enarbola impunemente: la bandera de un régimen político enemigo del régimen vigente. Bandera que solo fue legal 5-9 años y que representa el enfrentamiento fratricida.

La bandera rojo y amarilla, la unidad nacional, la permanencia de unos pocos símbolos que nos mantengan unidos, puede permitir que aquella lejana y añorada «alegría del 14 de abril» pueda ser, en su día, la que represente un gobierno republicano, socialdemócrata socialista, presidencialista... o, monárquico.

Mientras tanto, todos debemos participar, solidariamente, en encontrar a todos los muertos que permanezcan en las cunetas del pasado.

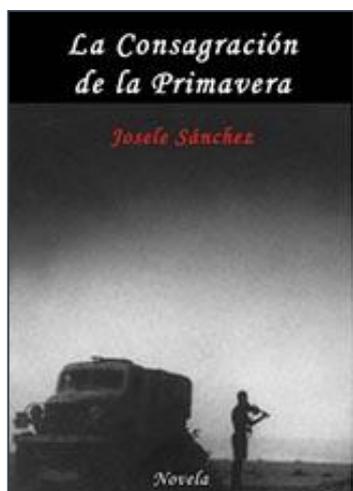
Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La consagración de la primavera

Josele Sánchez

Ediciones Esparta, 2016, 236 pág.

Se podría decir que la música clásica tiene un antes y un después y que esa línea viene marcada por el estreno de *La Consagración de la Primavera* de Igor Stravinski.



Josele Sánchez, melómano empedernido, más que escribir compone *La Consagración de la Primavera*, un homenaje tácito o explícito al padre de la música contemporánea.

En la obra, que discurre durante la Segunda República, la Guerra Civil y los primeros años del franquismo, Josele Sánchez despliega todo un torrente narrativo que fluye a borbotones, entre los atriles orquestales de una Valencia gris y provinciana, los ambientes más elitistas del París de los años treinta y un abrupto, aunque envolvente pueblecito, llamado Bullón (que evoca a la valenciana villa de Buñol, pueblo natal del autor) y cuya atmósfera desprende un aroma tan rural como auténtico. La narrativa directa y la expresión clara y sencilla (no exenta de rigor literario) son los ingredientes de esta fábula de pentagramas, sueños, dramas y éxitos

que preside la amistad entre dos jóvenes violinistas, una amistad preciosa, una amistad varonil, una amistad imperecedera.

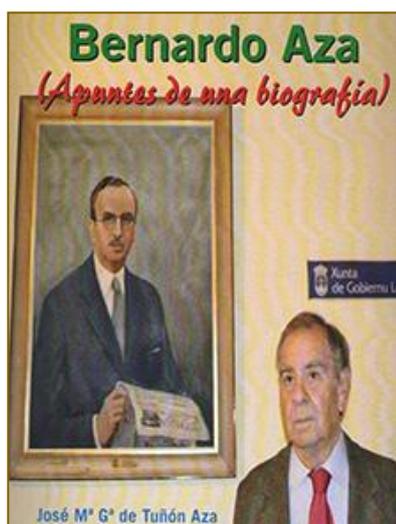
Como no podía ser de otra manera en una obra que viene de la mano de Josele Sánchez, la novela trata el asesinato de José Antonio Primo de Rivera, la condena a muerte de Manuel Hedilla y la oposición falangista al régimen de Franco. El asesinato de Federico García Lorca, la incapacidad política de los gobernantes de la República, la dignidad de Indalecio Prieto y, sobre todo, un personaje real, Vicente Furriol, alcalde comunista de Buñol (en la novela, Bullón) que consiguió evitar que se matara a nadie en su municipio siendo, probablemente, de los pocos pueblos de España que consiguieron este meritorio logro. Furriol se muestra como un ser bueno y coherente que contrasta con la maldad de muchos de los dirigentes del PCE.

Se trata de una buena novela, de una muy buena novela que, como en la composición musical de Stravinski, tiene un final demasiado triste: un desenlace trágico. En definitiva se trata de una novela que interesa, que agrada y que «engancha» al lector.

Bernardo Aza (Apuntes de una biografía)

José M^a García de Tuñón Aza
Ediciones Villarejo, 2016, 675 pag.

Nuestro colaborador acaba de publicar la biografía de este diputado de la CEDA que terminó siendo asesinado en el Madrid rojo de 1936 en las tapias del cementerio de la Almudena. Son cerca de setecientas páginas las que hay que leer después de una muy extensa y larga investigación. Incluso, aparecen los nombres de los asesinos de este diputado a quien le une parentesco muy cercano.



Como la mayoría de las biografías, comienza señalando fecha y lugar de nacimiento: Pola de Lena en Asturias año 1887. Bernardo Aza, desde muy joven tuvo que hacerse cargo de toda la familia, era el mayor de los hermanos, pero la muerte temprana de su padre no le quedó más remedio que sacar adelante a todos sus hermanos que bajo el cuidado de la madre se iban haciendo mayores. Con mucho esfuerzo consiguió abrirse camino en el mundo de la empresa y de la política. Estaba en posesión de tres carreras, pero ninguna llegó a ejercer porque el mundo empresarial le llevó a ocupar la mayor parte del tiempo una vez finalizados sus estudios.

Enamorado de su tierra y de la cultura, promovió algunas Bibliotecas y participó en la creación del Ateneo de Turón, localidad que durante la Revolución del 34 sufrió el zarpazo de los bárbaros y donde asesinaron a 8 Hermanos de las Escuelas Cristianas, de procedencia más humilde que la de sus propios asesinos, y a un P. Pasionista. En la inauguración de aquel Ateneo quiso la casualidad que coincidiera Bernardo Aza con el rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo Alas Argüelles, hijo de *Clarín*, que también sería fusilado en Oviedo, pero por un pelotón de soldados al servicio del ejército nacional.

Pasado los años, Leopoldo Alas, como era lógico, recibió, por parte de las autoridades asturianas, toda clase de reconocimientos; pero a Bernardo Aza, del que habían dado su nombre a dos calles, una en la localidad de Mieres y otra en su pueblo natal de Pola de Lena, la nueva corporación de la citada en primer lugar, cuyo alcalde era el socialista Vital Álvarez-Buylla mandó borrar su nombre del callejero en el año 1982, aunque sí se conservó en las dependencias del Ayuntamiento el cuadro que figura en la portada del libro, donación en 1972, del pintor mieroense José María Fernández Peláez. Sin embargo, en Pola de Lena, a pesar de haber tenido alcaldes socialistas y comunistas, sigue conservando su nombre una de sus calles.

En definitiva: libro fácil de leer donde el autor ha realizado un magnífico trabajo. Muy pocos detalles, creemos, se le han escapado de un hombre que dio su vida por Dios y por España.

José M^a San Román

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

La chusma

El alcalde anti procesiones de Palafolls, declara por malversación

El alcalde de Palafolls, el socialista Valentí Agustí declaró este lunes en el juzgado de Arenys de Mar como investigado por un presunto delito de malversación de fondos públicos y de prevaricación. Agustí adjudicó unas obras del campo de futbol supuestamente a dedo y sin proyecto. Por el mismo caso también están investigados en el mismo juzgado el ex secretario y el aparejador municipal.

Este personaje se ha hecho famoso por su odio a la legión y a las procesiones. Ha hecho lo posible e imposible por impedir que los veteranos legionarios acompañaran a la Virgen en la procesión de Semana Santa. Además, instalado perpetuamente en el trono municipal, es sospechoso de todo.

Empar Moliner quema un ejemplar de la Constitución en TV3

TV3 ha vuelto a hacer de las suyas. Y esta vez ha ido demasiado lejos. La televisión pública catalana ha permitido que una de sus periodistas queme un ejemplar de la Constitución española en directo.

El escándalo está servido a raíz de la intervención de Empar Moliner en *Els Matins*, programa que hace sólo unos días estuvo en el ojo del huracán por tender una encerrona en directo a la líder de Ciudadanos, Inés Arrimadas, que acabó preguntando a la periodista si aquello era una entrevista o un debate.

Este lunes, para criticar que el Tribunal Constitucional haya anulado el decreto de pobreza energética impulsado por la Generalitat de Cataluña, no se le ocurrió otra cosa que quemar varias hojas de la Carta Magna primero y luego el ejemplar entero para dar ideas a los espectadores sobre con qué pueden calentarse.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.